

Y al efecto, lo tomó por los sedosos cabellos, pero no fué fácil levantarlo: estaba pesado el niño. ¡Oh! muy pesado si se atiende á lo pequeño de su cuerpo; tan pesado, que la Santísima Virgen hubo de soltar todas sus ofrendas y servirse de las dos manos.

Después de haber dejado todo: linos, tejidos y flores, pudo por fin alzar al niño, sin admirarse ya entonces de lo mucho que pesara. Penhor, la madre, con sus dedos crispados de muerte, se asia á él fuertemente. Con los dedos rígidos y de igual modo crispados, Amel, el padre, se hallaba enlazado, unido á la madre.

—¡Oh! dijo la Virgen emocionada y gozosa á la vista de aquel racimo de corazones:— ¡Dios ha hecho muy buenas cosas en la tierra!

Y en un pliegue de su manto estrellado, envolvió al padre con la madre y á la madre con el hijo; tres amores que pueden condensarse en un solo nombre: ¡LA FAMILIA!

FIN

## EL LOBO

(DE GUY DE MAUPASSANT)

## EL LOBO

---

Váis á saber lo que el viejo marqués de Arville nos refirió de sobremesa el día de la comida de San Huberto en casa del Barón de Ravels.

Corriendo tras de un ciervo, habían pasado la mañana los convidados. El único que no tomó parte en la excursión fué el marqués, porque nunca cazaba.

Mientras duró la gran comida, casi no se habló más que de matanzas de animales. Las mujeres mismas oían con sumo interés los relatos sanguinarios y hasta inverosímiles que, de aquellos ataques y luchas de hombres contra bestias, hacían los oradores, animándolos con voz y mímica expresivas, levantando los brazos.

El señor de Arville hablaba bien, con cierta poesía algo rimbombante quizás, pero de

buen efecto. Seguro es que había repetido á menudo la historia, porque la decía de corrido y sin vacilar en cuanto á las palabras elegidas hábilmente para presentar las imágenes. Empezó diciendo:

«Yo nunca he cazado, señores; tampoco mi padre, ni mi abuelo, ni mi bisabuelo. Este último era hijo de un hombre que cazó más que todos vosotros. Murió en 1764 y os voy á decir cómo.

Se llamaba Juan, era casado y padre de aquel niño que fué mi bisabuelo. Habitaba con su hermano menor, Francisco de Arville, nuestro antiguo castillo de Lorena, en plena selva.

Francisco de Arville había permanecido soltero, por amor á la caza.

Los dos hermanos cazaban durante todo el año, sin reposo, sin tregua, sin cansarse. Sólo eso les gustaba, no entendían ni hablaban de otra cosa; no vivían, ni lugar se daban para nada más. Albergábase en sus pechos esa pasión terrible, inexorable, avasalladora, que les dominaba, que les absorbía por entero.

Tenían prohibido que se les molestase, ba-

jo cualquier pretexto ó motivo, cuando de caza se hallaran. Mi bisabuelo nació cuando su padre andaba persiguiendo un zorro; y no por esc Juan de Arville interrumpió su correría; tan sólo exclamó:

—«¡Caramba con el nene, que hubiera podido aguardar hasta después del ¡hallali! (\*)»

El hermano Francisco mostrábase aún más arrebatado. Apenas se levantaba, iba á ver sus perros, sus caballos, y luego, á tirar sobre los pájaros que volaban en torno del castillo, interin se presentaba el momento de marchar en persecución de alguna buena pieza.

Llamábanles en el país «el Señor Marqués» y «el Señorito». Los nobles de antaño no pretendían, como los de ocasión de estos tiempos, establecer en los títulos una gerarquía descendente; pues el hijo de un marqués no es más conde, ni más barón el de un vizconde, que coronel de nacimiento sea el hijo de un general. Pero la vanidad mezquina de hoy día encuentra provechosos tales arreglos.

(\*)—Gritos y otras manifestaciones ruidosas de los cazadores cuando la fiera está próxima á rendirse.

Volvamos á mis antepasados.

Eran, á lo que parece, notablemente corpulentos, velludos, impetuosos y robustos. El joven, más alto todavía que el mayor, poseía una voz de tal modo fuerte que, según leyenda que le envanecía «agitábanse á un grito suyo, las hojas todas de la selva».

Cuando juntos montaban para ir á alguna cacería ¡qué soberbio espectáculo debía ofrecer aquel par de gigantes cabalgando en sus frisonas!

Ahora, escuchad: Hacia la mitad del invierno de 1764, el frío fué excesivo y los lobos se mostraron tan feroces, que atacaban aún á los campesinos retardados; por la noche rondaban junto á las casas y aullaban de la puesta á la salida del sol, despoblando cuadradas, establos y chiqueros.

Muy pronto circuló el rumor de que un lobo de tamaño colosal y de pelaje gris, casi blanco, había matado á dos niños, destrozado el brazo á una mujer y estrangulado á todos los perros guardianes de la comarca; andaba también, sin escrúpulo, dentro de los setos y se ponía á olfatear bajo las puertas. Todos los habitantes afirmaban haber senti-

do su inquieto resuello que hacía vacilar la llama de las luces. De este modo, el pánico fué esparciéndose por toda la provincia. Ya nadie se atrevía á salir desde que caía la tarde. Y aun de entre las tinieblas parecía destacarse la silueta de la bestia.

Los hermanos de Arville decidieron salir á buscarla hasta encontrarla y darle muerte. Y al efecto, convidaron para grandes partidas á todos los gentiles hombres del país.

Pero fué en vano. Por más que se recorrieron los montes, se escudriñaron las malezas y se registraron zarzas y breñales, nunca se la encontraba. Matáronse lobos, pero no aquel. Y cada noche que seguía la batida, el carnívoro, como para vengarse, asaltaba á algún viajero desprevenido ó devoraba alguna res; pero lejos siempre del lugar donde se le suponía visible.

Una noche, penetró en la mejor zahurda del castillo de Arville y se comió los dos más hermosos ejemplares de aquellos cerdos.

Enterados los hermanos, montaron en cólera, consideraron el ataque como una bravata del monstruo, una injuria directa, un

reto, en fin. Prepararon sus mejores sabuesos acostumbrados á perseguir las más temibles fieras y se aprestaron á la caza, con el corazón palpitante de furor.

Desde la aurora hasta el momento en que el sol teñido de púrpura se iba ocultando tras los desnudos árboles, los cazadores inspeccionaron bosques, collados y jarales, sin encontrar nada tampoco.

Despechados al cabo y enfurecidos, seguían, al paso de sus cabalgaduras, un callejón formado por tupidas matas silvestres; y asombrados de que aquel lobo continuara burlando de tal suerte su ciencia, sobrecojióles cierto temor misterioso.

El mayor dijo:

—Esa no es una bestia ordinaria; parece que piensa como un hombre.

Y el menor agregó:

—¡Bueno sería mandar bendecir una bala por nuestro primo el obispo, ó pedirle á algún cura que aplicara los latinajos del caso!

Luego, callaron. A poco, repuso Juan:

—¡Mira cuán rojo está el sol. ¡El lobazo va á hacer alguna de las suyas, esta noche! No había acabado de pronunciar estas pa-

labras, cuando su caballo se encabritó; el de Francisco se puso á dar coces. Un espesomatorral cubierto de hojas secas se abrió ante ellos y una bestia de grande alzada, completamente gris, surgió, escapando en seguida por el monte.

Los dos hermanos lanzaron entonces un grito, una especie de gruñido de alegría; y encorbándose sobre el ancho pescuezo de sus vigorosos caballos, echáronlos hacia adelante con todo el ímpetu de su cuerpo; y excitándolos, azuzándolos, animándolos con la voz, trabándolos con las piernas y castigándolos con la espuela, acabaron por forzarlos á tal velocidad, que no parecía sino que los ágiles caballeros eran quienes sostenían las pesadas monturas y con ellas volaban!

E iban así, á todo escape, hollando las malezas, cortando los barrancos, trepando las cuestras, salvando las hondonadas y sonando con furia las trompas, para llamar á sus gentes y á sus perros.

Más hé ahí que de pronto, en aquella destinada carrera, mi abuelo recibió, al chocar su frente contra una gruesa rama, golpe tan

tremendo, que se le hundió el cráneo. Rígidamente cayó sin vida al suelo á la vez que su caballo, espantado, se desbocaba, perdiéndose entre las sombras que envolvían el bosque.

El menor de Arville arrendando presto, saltó á tierra, tomó en brazos á su hermano y vió con horror que los sesos, juntamente con la sangre, se desprendían de la herida.

Sentóse entonces junto al cadáver, colocó sobre sus rodillas la cabeza desfigurada y roja; y azorado se puso á contemplar aquella faz inmóvil de su hermano. En esto, fué invadiéndole el miedo: un miedo singular que nunca había sentido: el de la sombra y la soledad; el miedo al bosque desierto; y el miedo también, en suma, al lobo cuasi fantástico que acababa de matar al hermano querido, á Juan ¡para vengarse de los dos!

Entretanto, las tinieblas tornábanse más densas y el frío agudo hacia crujir las hojas de los árboles. Francisco se levantó calenturiento, incapaz de permanecer más allí, sintiéndose casi desfallecer. Nada se oía ya, ni el ladrar de los perros, ni el sonar de las trompas; todo había enmudecido en el invisible horizonte y aquel silencio sombrío de

la helada noche, tenía algo de imponente y de terrífico.

Cogió Francisco con sus manos de gigante el gran cuerpo de Juan, lo enderezó y lo acostó de través sobre la silla para regresar al castillo. Empezó la marcha lentamente, turbado el espíritu como si ebrio se encontrase: lúgubres y aterradoras visiones le asediaban.

De repente, por el sendero que la oscura noche dejaba ver apenas, una gran sombra pasó. Era la fiera. Una conmoción de espanto agitó al caballero; algo como una gota de agua muy fría sintió que le recorría la espina; y trémulo, á la manera que un monje tentado por el diablo, hubo de hacer la señal de la cruz, grandemente desconcertado ante la inesperada vuelta del feroz rondador; pero como sus ojos volviesen á fijarse en el cuerpo que inerte yacía delante de él, súbita y bruscamente pasó del terror á la cólera, y tembló desesperado.

Picó entonces á su caballo y se lanzó tras del lobo.

Seguíalo por los tallares, barrancos y ar-

bolados, cruzando bosques que no reconocía ya, la mirada siempre atenta á la mancha blanca que huía enmedio de la noche que velaba los campos.

Tambien su caballo parecía animado de potencia y ardor desconocidos: galopaba con el cuello tendido, recto. ora chocasen contra los árboles, ora contra las rocas, la cabeza y los pies del muerto atravesado sobre la silla.

Minutos despues, ginete, cadáver y caballo, dejando la selva, se internaban en un valle á tiempo que la luna asomaba por encima de los montes. El valle era pedregoso y cerrábanlo peñazcos enormes, sin salida alguna posible. El lobo, acorralado, quiso volverse y se paró. . . . .

Francisco, á ese punto, prorrumpió en un alarido de júbilo que los ecos repitieron como el retumbar del trueno; y se apeó del caballo, cuchilla en mano.

La fiera erizada, enarcado el lomo, le esperaba; sus ojos lucían como dos ascuas. Sólo que antes de librar batalla, el intrépido cazador, rápido como el pensamiento, bajó el cuerpo de su hermano, le sentó sobre una roca y deteniendo con piedras aquella cabe-

za que no era ya más que un informe cuajarón de sangre, le gritó al oído cual si hablase á un sordo:

—¡Mira, Juan, mira!

Acto continuo se echó sobre el monstruo. Capaz se sentía de derribar una montaña, de triturar el granito con las manos. La bestia quiso morderle, pero él la había cogido por el pescuezo sin siquiera servirse del arma; estrangulábala con refinada lentitud, escuchando la detención progresiva de los resoplidos de su garganta y de los latidos de su corazón. Y reía gozando locamente al estrechar más y más la formidable tenaza de sus manos; clamaba con frenético delirio:

¡Mira, Juan, mira! ¡Hallali! ¡Hallali!! . . .

Toda resistencia cesó al fin, el cuerpo del lobo volvióse flácido. Estaba muerto.

Francisco de Arville levantó en brazos al exánime cuadrúpedo para venir á tirarlo á los pies de su hermano, gritando enternecido:

—¡Toma, toma, mi Juanito, ahí lo tienes!

Luego cargó con los cadáveres, los puso en la silla uno sobre otro y montó de nuevo para dirigirse al castillo.

Y entró riendo y llorando como Gargantúa cuando naciera Pantagruel. Con voces de triunfo y brincos de regocijo describía la muerte del animal; y gemía y se arrancaba los pelos de la barba al recordar la de su hermano.

Después, siempre que volvía á hablar de aquel lance, decía con lágrimas en los ojos:

—¡Si al menos el pobre Juan me hubiera visto ahorcar al otro, habría muerto contento, estoy seguro!

El marqués de Arville añadió para terminar:

La vida de mi abuelo inspiró á su hijo huérfano el horror á la caza que ha venido transmitiéndose, de padres á hijos, hasta mí.

Calló el marqués y alguien preguntó:

—Esa historia no será una leyenda?

El narrador protestando:

—Oh, no! Os juro que es verdadera del principio al fin.

A lo cual, una dama objetó con dulce acento:

—¡Y qué más da si una pasión así es tan hermosa!

FIN

El Tenedor de Libros.

(DE EUGENE SEYMUR.)